

Rescate Suicida

Era una fría tarde de invierno. El sol, oculto tras la espesura de las nubes, estaba siendo engullido al por el horizonte. Las campanas comenzaron a repicar lúgubrementemente. El semblante de los campesinos, conocedores del significado de esa señal, se ensombrecieron, a pesar de haberla estado esperando durante varios días.

El señor de todos ellos había muerto. Llevaba ya unas semanas en cama, y tenía serios problemas cardíacos. Se esperaba que muriese, pero no tan repentinamente. No por una noticia. Falleció por un ataque al corazón, producido por la noticia del paradero de su hija, su preciosa Ammaine, su ser más querido.

Instantes antes de llegar el mensajero, habían estado ante él, hablando con él. Actien y su pequeño hermano, Mirlose, conversaban con su padre, ambos conocedores del poco tiempo que le quedaba. El pobre hombre, incluso en ese estado, les seguía hablando del Honor, de la Justicia, de las Virtudes. De la devoción a la Dama, y del destino de uno de ellos, posiblemente el mayor, como señor del castillo.

También les hablaba de lo que sucedería tras su muerte; él también la veía próxima, posiblemente estuviese retrasando su hora, esperando hasta la llegada de su hija, para poder verla por última vez. Les decía que siempre estaría con ellos, que la muerte no era el final, sino un ciclo de descanso, al lado de la Dama del Lago. Siempre les protegería.

Fue entonces cuando llegó el mensajero. El hombre tenía el rostro desencajado, en una mueca de terror. Había cabalgado día y noche, sin descanso. La caravana en la que venía Lady Ammaine había sido asaltada, no por bandidos, no por criaturas del bosque. Kreigar, el Gran Dragón Rojo de las Montañas del Sur, había sido el asaltante. Los hombres de armas no tuvieron ninguna posibilidad, una vez la criatura hubo incinerado a los caballeros que les acompañaban. Posiblemente buscaba el oro que transportaban, pero lo último que llegó a ver el pobre hombre, fue cómo la bestia alzaba el vuelo con la damisela en sus garras. Era muy posible que intentase comerciar con ella, aunque no había nada seguro.

Las noticias no pudieron ser peores. El sobresalto que causaron en el debilitado Caballero, produjeron otro infarto. El infarto definitivo. Apenas pudo decir que debía ser rescatada, aunque fueron palabras que no hacía falta que se pronunciasen. Actien ya se había hecho a la idea según hablaba el superviviente de la catástrofe.

E Señor del feudo, muerto. El descendiente directo, era un Novel, no podía hacerse cargo del castillo. A parte, debía rescatar a su hermana. Si la noticia se difundía, el feudo sería ocupado por un caballero cualquiera, se perdería el dominio sobre esas tierras, que tanto tiempo había mantenido la familia. *"Está claro"*, se dijo Actien. Debía mantenerse en secreto la muerte de su padre, al menos hasta que él volviese con la cabeza del dragón, hazaña que le otorgaría, sin duda alguna, el rango de Caballero del Reino, permitiéndole gobernar. La esposa del difunto se encargaría de mantener el engaño.

Por ello, el entierro se hizo en secreto. Asistieron los dos hermanos, su madre, y una sacerdotisa de

la Dama. Junto a un extraño pájaro, apoyado en la tumba del recién caído, eran los únicos seres vivos que asistían a la escena. Cuando el ritual finalizó, el ave se posó en el hombro del mayor de los dos chicos.

- *Ese es el pájaro que simboliza nuestra dinastía - contaba la madre -. Su doble cola es característica, como bien está representado en el escudo de la familia. A pesar de ser un animal exótico, siempre hay alguno surcando los cielos de nuestras tierras.*

No hubo comentarios. El grupo se dirigió al castillo. Partirían los dos chicos, Mirlose haría las veces de escudero para su hermano, así, de paso, éste no viajaría solo. El mayor tomaría las armas de su padre y, lo más importante, su armadura y su montura. El pequeño también sería armado, pero no portaría armadura metálica, al no haber de su medida, y al no ser su cometido el entrar en combate, debido a su inexperiencia. Se le daría un buen caballo también.

Partieron una mañana, tomando rumbo al sur, donde se decía que estaba la morada de la criatura.

Muchos pueblos cruzaron, muchos días pasaron, antes de encontrar algo de información interesante, fiable, antes de empezar lo que realmente sería la caza de aquella bestia. El encuentro con la persona que pudo orientarles un poco, se produjo en una vieja posada situada en las tierras de un modesto feudo.

Era una de esas posadas en las que la gente se reúne junto al cálido fuego de la chimenea, para contar historias de héroes de los de antes. Pasaron un par de horas escuchando, hasta que Mirlose, al acabar uno de hablar, se decidió a contar él otro relato. Todos se sorprendieron cuando el pequeño se dispuso a hablar, nunca antes un mozo de tan corta edad había ejercido de trovador en ese lugar, pero se olvidaron de ello en cuanto comenzó a hablar.

"Os voy a contar una viejo relato que escuché de labios de mi padre, la historia del Caballero Blanco.

Hace muchos años, gobernó en un Reino un Caballero, que se disponía a partir en busca del Grial. Se decía que era un sabio hombre, que no quería dejar en manos inútiles su Reino, su pueblo. A pesar de tener un descendiente en edad de gobernar, no era aún más que un Novel, de forma que decidió marchar, dejando la orden de montar una justa para noveles, y que el ganador obtuviese el rango de Caballero del Reino, y el derecho de gobernar en ese reino.

A la semana de su marcha, aconteció el torneo. Muchos eran los jóvenes que se presentaron, pero los menos hábiles fueron cayendo enseguida. Al siguiente día, sólo quedaron los mejores, entre los que se encontraba Georles, el hijo del desaparecido gobernante.

Fueron sucediéndose los enfrentamientos, y se iba haciendo nombre uno de los participantes. El Caballero Blanco se hacía llamar, y había desmontado a todos sus oponentes con la primera lanza. Su habilidad marcial era increíble, se había convertido en el favorito de la plebe.

El enfrentamiento final ocurrió entre Georles y este caballero. Fue un combate espléndido. En el choque inicial, ambos rompieron la lanza contra su oponente, pero ninguno fue desmontado. Y así ocurrió con la siguiente lanza. Ver la carga de ambos caballeros era una imagen casi divina, el uno,

con su escasa armadura, cargando valientemente con gran furia hacia su oponente que, totalmente impasible, tras su pesada armadura completa, y sus blancos y resplandecientes ropajes, cargaba a la vez contra él. El choque era brutal.

La tercera lanza no fue como las anteriores. Se lanzaron el uno contra el otro, pero el joven novel hizo una finta, un pequeño movimiento que desconcertó a su oponente, y aprovechó el instante para alcanzarle con la lanza. Le dio el en yelmo, y le desmontó. El caballo del caído frenó al no sentir el peso de su jinete. Como muestra de cortesía, el vencedor se acercó a ayudar al Caballero Blanco a incorporarse. El yelmo se le había salido, y lo que descubrió el chaval, le dejó sin palabras. Era su padre. Éste, una vez en pié, se limitó a recoger el yelmo y colocárselo. Luego le habló.

– *Bien, hijo, confiaba en que lo consiguieses. Ahora, cuida de tu pueblo y de tu familia, y hazlo siempre con Honor.*

–

Tras ello, el Caballero blanco arrancó la tela que cubría el peto de la armadura. En él había grabada una flor de lis. Sin más, el nuevo Andante partió. Como todo buen Caballero, debía buscar el Grial."

El chico tomó un sorbo de agua, y todos los presentes aplaudieron. Uno de ellos se levantó, y comenzó a decir:

– *Bien, un bonito cuento, pero ahora os voy a relatar una historia verídica...*

– *¿Insinúa que la de mi hermano no lo es, buen hombre? - retó Actien.*

–

Una voz, desde el fondo de la sala, contestó.

– *Yo puedo respaldar la historia del niño.*

–

Todos callaron. La figura del Caballero se aproximó a ellos. Éste apoyó su mano en el hombro de Mirlose.

– *- Soy hermano del Caballero Georles de Tradel. ¿De qué conocíais la historia? ¿Llegó a oídos vuestros por algún trovador?*

– *- No, señor. Como ya dijo mi hermano, la escuchamos de nuestro difunto padre - el joven novel se mordió la lengua. No debía haber dicho nada de la muerte de su padre.*

– *- ¿Y vuestro padre es...?*

– *- Caballero, mejor sería tratar ese asunto en privado. O mejor no tratarlo, su muerte es reciente aún, y pesa sobre nosotros como una gruesa losa.*

– *- ¿Tenéis algún lugar donde pasar la noche?*

– *- Aún no, pensábamos alojarnos aquí.*

– *- Permitidme entonces invitaros al castillo, donde podremos hablar largo y tendido. El Caballero de este reino es gran amigo mío, y me ha conmovido escuchar el relato de las circunstancias en las que mi padre comenzó La Búsqueda.*

–

Los dos hermanos se miraron, y aprobaron la invitación con la mirada.

– *No podemos rechazar tan gentil invitación - contestó el mayor, con una leve reverencia.*

–

Una vez estaban en el castillo, fueron testigos de la increíble hospitalidad del Señor de esas tierras. Consiguieron evitar el tema de la muerte de su padre, a costa de hacer hincapié en la misión que les aguardaba. No tardaron en explicársela a los dos Caballeros, que rápidamente se ofrecieron a ayudarles en el rescate de su hermana, pero Actien rechazó la oferta.

- *Le estamos muy agradecidos, señores, por su proposición, pero me veo obligado a rechazarla, pues es una cuestión de honor para mí. Si bien les pido, sin pretender aprovecharme de su gentileza, algo de información para continuar nuestro viaje.*

Las palabras del chico hicieron mella en el Caballero de Tradel, Frenis el Valiente, que se ofreció a recopilar datos sobre la morada del dragón. Cuatro días pasaron en total allí, y en ese poco tiempo, trabaron una gran amistad con ambos señores. Frenis les había conseguido un par de mapas, y algunos testimonios. La despedida se hizo difícil, por ambas partes, pero el tiempo se agotaba, y aún no habían llegado a las Montañas del Sur. Con las indicaciones del Caballero, podrían trazar lo que sería una ruta más exacta. Ahora debían continuar sus andanzas.

La lluvia había calado los mantos que cubrían a ambos chavales. Habiéndoles pillado por sorpresa, la tormenta comenzaba a enfurecer por momentos. Necesitaban un refugio, y pronto.

Por suerte, el siguiente pueblo no estaba muy lejos, y pudieron llegar a él, forzando el galope, en apenas unos minutos. Se trataba de un lugar bastante poblado, con una pequeña capilla a la Dama. En la posada en la que se alojaron, una de las más modestas que habían visto nunca, obtuvieron información crucial para su búsqueda: el pueblo estaba siendo atacado, periódicamente, por el dragón Kreigar, y se estaban organizando partidas para intentar abatirlo, así como varios noveles habían intentado darle caza.

Ninguno de los que habían ido a su guarida, había regresado para contar el resultado del encuentro. Esto hubiese amedrentado el alma más optimista, pero Actien no consideró la parte siniestra del hecho, sino la parte que le convenía: aquellos hombres conocían el paradero de la bestia.

Mucho costó sacar la ubicación de la guarida, pues, al principio, los hombres se negaban a que tuviesen lugar más inútiles derramamientos de sangre. Ellos preferían esperar a que algún poderoso Caballero del Grial acudiese en su ayuda, derrotando al monstruo. Para ello, se limitaban a rezar día y noche en la capilla, esperando ese momento que no acababa de llegar. Cuando el joven explicó que su honor y el de su familia iba en ello, y que si no le daban la información, buscaría la cueva por sí mismo, uno de ellos accedió a regañadientes.

Descubrieron que, realmente, el dragón no se ocultaba muy lejos de allí. En media jornada de viaje, poco más, habrían llegado a la cueva. Se dispusieron a partir, no sin antes, como era lógico, pasar por la capilla, a pedir la bendición de su señora.

El camino se les hizo corto. A penas conversaron entre ellos, inmerso cada uno en sus propios pensamientos, conscientes, aún siendo uno de ellos tan joven, de que ese podía ser el último de su existencia. De hecho, pensado fríamente, era lo más probable. Actien, que debía abatir a la bestia, tenía una triste formación como guerrero, ridícula comparada con la que debía poseer para ser un gran caballero. Mirlose, por su parte, apenas podía ajustarle la armadura a su hermano. ¿Había sido muy inconsciente por su parte? ¿Habían sido demasiado arrojados al enrolarse en esta aventura? No

merecía la pena buscar respuesta a esas preguntas. Era la última voluntad de su padre, y debían rescatar a su hermana.

Delante de ellos apareció una gigantesca entrada en la roca, y con ella, una pregunta de la que no querían conocer la respuesta: ¿Cuánto medía un dragón? Se concentraron en que allí estaba la guarida de su enemigo. El mayor se deshizo del grueso manto que le cubría, dejando al descubierto la brillante armadura de su padre. Encendió una antorcha y se ajustó el escudo. Su hermano portaba la lanza de caballería, para entregársela en el momento del combate. Paso a paso, sus monturas emprendieron la atemorizante entrada a la caverna.

La débil luz de la antorcha era del todo insuficiente para iluminar la galería, un pasadizo enorme que se adentraba metros y metros en la oscuridad. Paulatinamente, presos de los nervios que se acrecentaban con la espera, fueron aumentando el ritmo, hasta llegar casi al galope. Una luz se fue divisando al fondo del túnel, y el joven novel aprovechó para arrojar la antorcha a un lado y tomar la lanza de manos de su hermano, a la par que aceleraban el paso más aún, y retaba a la bestia.

– *¡Kreigar, prepárate a morir!*

–

El sobresaltado dragón acertó a arrojar su llamarada por la entrada al pasadizo. Al ver las enormes fauces abrirse, los dos chicos reaccionaron acelerando el paso y apretando los ojos, como si ello les fuese a ayudar en algo. Mirlose comenzó a entonar una oración a la Dama, pidiéndola, de nuevo, su protección. Las llamas se apartaron a su paso, y la lanza de Actien, la vieja lanza de su padre, se iluminó.

Irrumpieron en la sala sobresaltando al dragón, que creía haberles chamuscado. Éste sólo acertó a echarse hacia atrás, para lanzarse con la cabeza y atravesar al caballero novel, el que suponía una amenaza, con sus colmillos. El caballo del muchacho fue lo suficientemente rápido como para evitar el ataque sobrepasándolo. De ese modo, las fauces del dragón acabaron estrellándose contra el suelo.

Al tiempo que la lanza, conducida en parte por Actien y en parte por sí misma, atravesaba la gruesa piel del monstruo, llegando a su corazón, la bestia alzaba bruscamente la cabeza, describiendo un arco hacia el lateral, que lanzó despedido a Mirlose, del brutal cabezazo. Herida, la criatura intentó levantar el vuelo, estrellándose contra el techo y cayendo, muerta, en picado. El caballero, parcialmente sepultado por toneladas de dragón, perdió la conciencia. Cuando recuperó el conocimiento, encontró a su pequeño hermano llorando, sosteniendo unos harapos que parecían haber sido un vestido.

– *¿Qué pasa? - preguntó, sobresaltado.*

–

Mirlose le acercó la tela. Los trozos de carne que aún quedaban pegados a ella, revelaban que la bestia se había dado un festín con alguna desgraciada mujer. De pronto, comprendió, horrorizado. Su pequeño hermano apoyó una mano en su hombro.

– *Ya acabó todo. Es hora de volver.*

–

Y, guardando lo que quedaba de Ammaine en una manta, tomaron rumbo a su querido hogar. Habían fallado.